Solemnidad de la Santísima Trinidad, ciclo A.

Hoy celebramos el día de Dios.

(Selección de meditaciones).

"Me estoy acordando de los tres meses en que fui catequizado para recibir por primera vez a Jesús Sacramentado. Corría el año 1985, cuando por influencia de una feligresa de una parroquia, la cual intercedió ante un sacerdote para que este me permitiera recibir a nuestro Señor, dispensándome de asistir a las clases de Catequesis, debido a mi ceguera, pude recibir al Señor por primera vez. Yo era un niño aislado, y me aprendí muchas más cosas que mis 20 compañeros, con tal de jugar con ellos un rato todos los días. Os cuento todo esto porque, en aquel tiempo, no podía entender el Misterio Trinitario, y, aunque no creía mucho en Dios, me empeñé en buscarles la quinta pata a los gatos si hacía falta, con tal de comprender la naturaleza de la Beatísima Trinidad. Años después, leí un artículo sobre los árboles de Navidad, gracias al cual pude llevar a cabo mi ansiado propósito. En dicho artículo, la base del árbol era comparada con Dios, de quien proceden el Hijo y el Espíritu. La parte izquierda del árbol, era comparable al Espíritu Santo, pues, al proceder del Padre, procede también del Hijo, la parte derecha de nuestro árbol de Navidad, ya que nuestra fe confiesa que el Hijo está sentado a la derecha del Padre. La lógica humana y nuestra fe, no nos permiten una mayor comprensión de este misterio.

La Iglesia, a través de las tres lecturas mencionadas anteriormente, pretende hablarnos de las tres Personas de la Trinidad Beatísima. De estas tres Personas, a quien más conocemos, es al Hijo, la Palabra de Dios hecha Hombre. Durante todo el Año litúrgico, sentimos la presencia de Jesús en nuestros corazones de una manera muy especial. Todos los días, al celebrar la Eucaristía, la Iglesia nos expone la Palabra de Dios a través de Jesús.

Todos hemos oído hablar de milagros. Jesús resucitó a 3 muertos, sanó a muchos enfermos, sació el hambre de miles de personas... Estos milagros fueron llevados a cabo por Jesús, la Palabra de Dios hecha Hombre, quien actuaba bajo la inspiración del Espíritu Santo, el Amor eterno que procede del Padre y del Hijo. Podemos decir que ciertamente el Padre nos amó en la total entrega de su Hijo, a través de la vivificadora acción del Espíritu Santo.

Nuestra fe afirma que los que se bautizan de inmediato son llenos del Espíritu Santo, pero nadie puede gozarse de aquello que desconoce. No es extraño que dudemos de la acción del Espíritu, por cuanto, al poseerlo, no sentimos nada especial. Si tenéis fe, dad a conocer vuestra esperanza, no calléis vuestros pensamientos, reflexionad ante la gente en voz alta, y dejad que el Espíritu hable por vosotros! (José Portillo Pérez. Solemnidad de la Santísima Trinidad, año 2002).

"1. Hay una canción muy rítmica que los jóvenes católicos suelen cantar en este tiempo de Pascua, parte del estribillo de esa canción dice: "Hay que nacer del agua. Hay que nacer del Espíritu de Dios. Hay que nacer del Señor". Jesús decía las

palabras contenidas en Mt., 23, 16-17. Hace pocos días alguien me dijo cuando chateábamos: "Yo no soy idiota, mi hijo no va a ser mejor si el cura le echa agua en la cabeza". Se nos ha inducido a creer en la eficacia de los Sacramentos, pero esos ritos no tienen efectos mágicos, son simples signos de lo que ha de ser la disposición con que nosotros queremos ponernos al servicio de nuestro Padre y Dios en nuestros hermanos los hombres.

Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí. La barca se hallaba ya distante de la tierra muchos estadios, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario. Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: «Es un fantasma», y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: «¡Animo!, que soy yo; no temáis"" (MT. 14, 23-27).

2. ¿Por qué decimos que tenemos que nacer del agua y del Espíritu de Dios? En el texto citado anteriormente vemos que Jesús caminaba sobre las aguas. ¿Qué significado tiene ese gesto de Jesús? En ese texto de San Mateo el agua significa nuestras dificultades, el miedo, la apatía, el agobio, así pues, el Sacramento del Bautismo significa nuestra disposición interior para vencer obstáculos de todo tipo, así pues, teniendo en cuenta esta óptica, es comprensible la súplica contenida en Sal. 69, 2-3.

"¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas
me llegan hasta el cuello!
Me hundo en el cieno del abismo,
sin poder hacer pie;
he llegado hasta el fondo de las aguas,
y las olas me anegan" (SAL. 69, 2-3).

3. Puede resultarnos extraña la forma en que Jesús afirma que debemos dejarnos inspirar por el Espíritu Santo. Un buen ejemplo de inspiración es San Martín de Porres, un sudamericano que poseía el don de la ubicuidad y siempre estaba donde tenía que estar en los momentos más oportunos" (José Portillo Pérez, Lunes II de Pascua, año 2003).

"Nos hemos acostumbrado a clasificar a las personas en dos grupos diferentes cuyos miembros se oponen con su conducta los unos a los otros, me refiero a la clasificación que todos hacemos al juzgar si las personas son buenas o malas ateniéndonos a nuestros conceptos personales del bien y el mal. Si yo intento razonar según mi forma de pensar, tengo que deciros que no creo en el infierno, no creo posible el hecho de que Dios castigue a los pecadores actuando según los criterios de los hombres que condenan los autores de la Biblia y los escritores eclesiásticos más reconocidos de todos los tiempos.

Nosotros no somos ni buenos ni malos, somos lo que somos, personas que intentamos ser felices salvo raras excepciones de algunos hermanos que creen que lastimándose le tributan a Dios culto sagrado. Dios ha hecho de cada uno de nosotros un mundo de posibilidades que hemos de explotar para alcanzar la

plenitud de la dicha, así pues, a Dios no le sirve de nada que yo mortifique mi cuerpo y mi alma, pero seguro que mi labor en Internet hace posible que muchas personas se relacionen mejor con ellos mismos, sus prójimos y nuestro Padre y Dios.

¿Por qué os digo que no somos buenos ni malos? Todos hacemos con los demás lo mismo que ellos u otras personas diferentes han hecho con nosotros a lo largo de nuestra vida. Cada persona se caracteriza por la nota de originalidad que aporta a esta sociedad en que todos somos semejantes a fotocopias de una imagen originaria de antaño que pocas personas pueden describir acertadamente.

Las personas cuya mentalidad es sana que comprenden que añadiéndole mal al mal consiguen que se les haga justicia, viven en una terrible equivocación. Supongamos que yo camino con mi bastón por la calle, una señora pasa corriendo sin mirar por dónde va, tropieza con mi bastón, y está a punto de caerse. Cuando la señora se recupera del susto, me dice enfadada que tenga cuidado. ¿He sido yo el causante del incidente? Yo creo que es hora de que relativicemos los términos del bien y el mal y nos dispongamos a construir un mundo justo y solidario en que dejemos de buscar culpas y culpables, y aprendamos a hacer con los demás lo que queremos que ellos nos hagan a nosotros (Mt. 7, 12)

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos abra la mente y el corazón para aceptar la verdad, aunque la realidad divina y humana nos cause dolor en el alma, pues ese dolor es el camino de perfección por el cual los Santos se han granjeado la amistad de Dios y el afecto de muchos que por alguna causa no creen en nuestro Padre del cielo y la tierra" (José Portillo Pérez, Martes II de Pascua, año 2003).

" 1. Hermanos, la situación que se nos narra en el libro de los Números no ha dejado nunca de repetirse de diferentes formas y en diferentes contextos sociales. Cuántas veces se quejan muchos estudiantes de que Dios no les ayuda aprobar los exámenes, en cuántas ocasiones nos quejamos porque no nos salen las cosas según el beneplácito de nuestra voluntad, o cuántas veces nos quejamos porque no podemos soportar la terrible situación de nuestros familiares o amigos que viven bajo los efectos del alcohol o la droga. Según el designio de nuestro Padre y Dios, el Todopoderoso ha dispuesto que encontremos el punto cúlmen de la felicidad aferrándonos a su divina misericordia, así pues, de igual forma que los judíos que miraban la serpiente de bronce eran restablecidos de su enfermedad, nosotros, los que confiamos en Jesús, nos percatamos de que las dificultades que constituyen nuestra cruz no sean para nosotros una pesada carga con la que debemos morir resignados.

Nuestros problemas, las enfermedades que nos aquejan, y, en general, nuestras imperfecciones, constituyen la cruz que cargamos sobre nuestros hombros, imitando a nuestro Jesús, cuando nuestro Salvador caminaba con su Cruz a cuestas, camino del Calvario.

No sé si en alguna ocasión habréis oído a alguna persona lamentarse con respecto a su pesada cruz. Hace unos días le escuché el siguiente comentario a una señora: "¡Qué cruces nos manda el de arriba! Yo tengo la espalda muy mal, y si el Gobierno me diera una ayuda, estaría mejor al no tener que trabajar, porque me vería obligada a forzar menos el cuerpo". La Iglesia nos insta a exaltar la Santa Cruz de Jesús para que no nos creamos desgraciados y nos sintamos con capacidad

de amar y fuerza no sólo para soportar nuestras acritudes, sino para ayudar a nuestros prójimos a sobrellevar el peso que los aflige.

2. (Flp. 2, 8). Por más convencidos que estemos de que nuestra acritud no es una simple desgracia, antes de conocer al Señor, e incluso cuando nos estábamos familiarizando con nuestro Hermano, nos preguntábamos muchas cosas con respecto a lo que pensábamos que nos ocurría sin sentido alguno o peor aún, porque a Dios le placía castigarnos. Recuerdo la mañana del siete de junio de 1988. Aquella mañana yo dormía apaciblemente, cuando me desperté y escuché a mi madre que decía: "Dios mío, ¿por qué te la has llevado?". Yo nunca había experimentado ninguna sensación relacionada con la muerte, es esta la causa por la que ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de que mi hermana Lucía, a sus siete años, acababa de morir con epilepsia, parálisis cerebral, anemia, y un sinfín de enfermedades más. Con respecto a mi hermana puedo deciros lo mismo que exclamó Job cuando supo que sus hijos habían muerto y que no poseía nada en el mundo, exceptuando a su mujer que lo odiaba, tres amigos muy confusos y la lepra: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea su Santo Nombre". Cuando mi madre me dijo por qué lloraba, salté de la cama, y perdí toda la confianza que durante los tres últimos años había depositado en Dios. Los que querían consolarme decían: "Ahora ella es un ángel". Yo contestaba: "Está muerta y punto".

Os he contado brevemente mi experiencia, porque es bueno recordar que existen casos muy especiales por cuya vivencia nuestra vida cobra un sentido especial, que trasciende los límites de lo humano para nacer a la gracia divina, pero nos suele suceder que en algunos casos somos tan difíciles de convencer para dejarnos encaminar por la senda correcta, que la única forma que Dios tiene para habitar en nuestro corazón es golpearnos con mucho ímpetu, para que veamos que, según palabras del Apóstol Pablo, "en nuestra debilidad se manifiesta la omnipotencia de Dios". Esta experiencia de nuestra cruz personal hay que aceptarla lentamente, sólo quienes dejan que Dios penetre su corazón pueden comprender de qué estoy hablando concretamente. Quizá algunos hermanos se pregunten: ¿Son nuestros problemas matrimoniales la cruz a la que tenemos que aferrarnos? ¿Nos invita la religión a resignarnos ante nuestra precaria situación laboral? Yo les respondo a estos hermanos y amigos que Dios no nos condena a cargar con nuestra cruz como quien se distrae contemplando una puesta de sol en la playa, nuestro Padre, en conformidad con nuestra purificación, de igual forma que trocó la muerte de Jesús en vida, irá aliviándonos el peso que nos atormenta.

Hermanos, si creéis que vuestros problemas son absurdos, no os resignéis ante la posibilidad de mejorar vuestra situación, y, sobre todo, no os reveléis contra vuestro dolor, las personas que os hacen daño consciente o inconscientemente, no os reveléis contra Dios, imitad a Cristo sufriendo por causa de la santa obediencia, porque vuestro Padre y Dios desea lo mejor para vosotros, y tiene cosas que concedernos a todos según nos vamos purificando.

3. El Evangelio correspondiente a la Eucaristía que estamos celebrando puede ser interpretado de varias formas. Cuando me decidí a predicar el Evangelio, desde el momento en que escribí el libro de oración y meditación de la web principal de Trigo de Dios, me esforcé por buscar la mejor forma de hacer que la gente se acerque más a Jesús. Yo creo que el Evangelio de hoy nos enseña que el infierno y

el demonio existen, son nuestros bloqueos, la pereza que nos invade en ciertas ocasiones, la “excusitis” que sufrimos cuando tenemos la oportunidad de socorrer a nuestros prójimos... San Juan nos invita a través del Evangelio de hoy a que imitemos a nuestro Padre y Dios en la forma que tiene de amarnos. Dios nos amó tanto que llegó a permitir la muerte de su Hijo Unigénito para darnos a entender que no hemos de bloquearnos contemplando la adversidad de nuestra vida. Si Dios se hubiese encarnado y hubiese muerto sin tocar a su Hijo, no hubiera sufrido tanto como lo hizo viendo cómo su propio reflejo existencial se extinguía en la tarde del Viernes Santo, para iluminar al género humano, en la florida mañana del Domingo de Resurrección" (José Portillo Pérez, Domingo XXIV Ordinario del ciclo B, año 2003).

" 1. En cada ocasión que los judíos eran rebeldes para con Dios y no tenían en cuenta los preceptos de la Ley de Moisés, sucedía que alguna naciónn humillaba al pueblo de Dios, hasta que los mensajeros del Altísimo lograban hacer que los judíos comprendieran y aceptaran las razones mediante las cuales actuaba Yahveh, que ellos habían olvidado con el paso de los siglos. Los que contemplamos esos hechos que ocurrieron en el pasado, nos preguntamos por qué permitió Dios que los miembros de su pueblo fuesen humillados de esa forma que aparentemente tanto contradice el Evangelio de Jesús que todos más o menos conocemos. Si dejamos de mirar al pasado y contemplamos el devenir de nuestra vida, podemos percatarnos de que somos semejantes a aquellos judíos que se sentían mejor entregándose a la vida sin Dios que cumpliendo las prescripciones religiosas de la Torá y las autoridades religiosas de su tiempo. ¿Por qué nos parecemos a esos judíos? Más allá de todo simbolismo, parecemos ordenadores en las manos de Dios, porque muchas veces nos salen las cosas mal cuando nuestras intenciones y nuestro modo de proceder contradicen a las disposiciones explicitadas por la Palabra de Dios. Algunos me diréis que me habéis pillado los dedos entre la pared y la puerta, que al hablar no he tenido en cuenta que yo nací ciego, y que no tuve tiempo de contradecir a Dios para que El me castigara siendo yo un niño inocente. Yo nací ciego, he tenido momentos difíciles, pero os digo que si no fuera ciego, si pudiera ver, no tendría junto a mí a una gran mujer, no os conocería a vosotros, no creería en Dios, estaría como muchos de mi pueblo que tienen mi edad, en una discoteca, en un bar, viendo televisión, emborrachándome... La ceguera ha sido para mí un pórtico que me ha abierto el camino de la felicidad, y me ha ayudado a esquibar algunos caminos en que muchos han caído, y no viven. No os digo que ser ciego me encanta, os digo que he aprendido a sacar cosas buenas de mi difícil estado.

2. San Pablo nos habla en la segunda lectura del perdón de los pecados. El padre Cipriano Sánchez nos está obsequiando durante este tiempo de Cuaresma con unas excelentes meditaciones que nos hacen reflexionar mucho sobre la necesidad que tenemos de purificar nuestra conducta, esto es lo mismo que decir que tenemos necesidad de observar los acontecimientos buenos y malos de nuestra vida desde un punto de vista positivo fundamentado en nuestra buena ssicología. Para no hablaros otra vez de mi ceguera, os recuerdo el caso de nuestra ex monja contemplativa. Rosa vivió un estado de confusión enorme cuando salió de su celda y se le ocurrió chatear y enamorarse locamente. ¿Estaba Rosa pecando al enamorarse en su estado de religiosa célibe? Dios no iba a tachar a Rosa de

pecadora si dejaba de ser religiosa, porque el Padre se conforma con que ella sea creyente. Dios no se iba a ofender si Rosa rompía el corazón de quien la esperaba detrás del monitor impaciente por contemplar su rostro. Rosa hubiera tenido serios problemas mentales si se hubiera quedado estancada entre su celda y el mundo invadida por la constante y eterna duda. ¿Sería Rosa pecadora si estuviera indecisa en su celda esforzándose por orar y no pudiendo evitar pensar en su actual marido? Rosa no estaría pecando, pero estaría viviendo un catastrófico caos mental. Dios se conformó con que Rosa eligiera el mejor camino, el camino de su felicidad.

3. Hubo un tiempo en que los hebreos recorrían el desierto con la esperanza de poder entrar en la Tierra prometida. Sucedió en cierta ocasión que los pecadores hicieron que una plaga mortal cayera sobre ellos. Dios escuchó la oración de Moisés y de sus pocos seguidores, y quiso que su Profeta le mostrara a la gente una serpiente de bronce, tras mirar a la cual, todos los que tuvieran fe fuesen restablecidos de su enfermedad. ¿Nos exige Dios fe para favorecernos? En primer lugar, Dios no favorece a nadie, Dios nos concede sus dones porque le da la gana amarnos. En segundo lugar, Dios no nos chantagea para concedernos sus dones utilizando la fe con maestría de chapucero o usurero, yo no puedo concederle valor a un cuadro de Picasso si no sé nada de pintura, yo no puedo valorar los dones de Dios hasta el momento en que no soy consciente de que el Espíritu Santo me asiste en cada momento de mi vida" (José Portillo Pérez, Domingo IV de Cuaresma del ciclo B, año 2003).

" "Mi vida en este mundo consiste en creer en el Hijo de Dios, que me amó y entregó su vida por mí" (GÁl. 2, 20) Estamos conmemorando la Pascua de Resurrección, en nosotros ya no cabe ningún sentimiento de miedo con respecto a nuestro Padre Dios, y si ya no tenemos miedo porque hemos conseguido convencernos plenamente de que el Señor nos ama, tampoco reina en nuestro corazón la desconfianza, porque sabemos que el mal sólo es un término relativo.

Las personas solemos tener una característica que nos une mucho, tenemos miedo a lo desconocido. Nos hemos acostumbrado a considerar que Dios es más grande y poderoso que nosotros. Paradójicamente, al contemplar los milagros que hizo Jesús, en muchas ocasiones, pensamos que Dios nos castiga permitiendo nuestro sufrimiento. Yo creo que es hora de que aclaremos algunos conceptos que resultan ser de vital importancia en la vida de los cristianos.

¿Permite Dios el mal? Hay que mirar la vida ateniéndonos a enfoques positivos de las circunstancias que nos acaecen. ¿Qué decimos que es el mal? Muchos me preguntáis cual es la razón por la cual Dios me ha hecho ciego si yo le dedico a El muchas horas ayudando a las personas que sufren. Pero, hermanos, amigos, ¿es la enfermedad un mal? Sé que hay extremos en los cuales nuestra sabiduría no ha detectado que los enfermos obtengan provecho espiritual alguno de su dramático estado, pero yo estoy convencido de que todo lo que nos sucede está encaminado a ayudarnos a ser felices en este mundo o en la presencia de Dios.

Algunos me decís muchas veces que Dios os castiga injustamente porque sois muy buenos con las personas que os rodean. Por favor, pensad un momento, ¿no creéis que los sufrimientos nos acompañan a buenos y malos indistintamente de nuestra conducta? Yo creo que debemos ser maduros como para no creer que los

considerados malos son más felices que los buenos porque Dios los atormenta menos, lo que sí os digo que es cosa de mentes perversas pensar que los malos ríen hoy porque Dios los castigará en su post muerte. Nosotros no conocemos plenamente el designio de Dios, pero sabemos que El nos ama y no lo culpamos de nuestros males, porque sabemos que las cosas pasan porque pasan, no le damos más vueltas a algo fácil que intentamos complicar para no enfrentarnos a nuestros problemas reales, porque nos creemos incapaces de resolver lo que verdaderamente nos angustia.

Hay que mirar la vida con buenos ojos. Consideremos que es más feliz la mujer que se levanta cantando todos los días que el hombre que se levanta enfadado con mucho sueño maldiciendo a todo el mundo porque tiene que hacer el trabajo que menos le gusta.

Vamos a concluir esta meditación relacionada con el Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos ayude a encontrar la parte positiva de la adversidad de nuestra vida" (José Portillo Pérez, Miércoles II de Pascua del ciclo B, año 2003).